

LÓPEZ ANTÓN, José Javier, *Arturo Campión entre la historia y la cultura*, Gobierno de Navarra, (Fundación Sabino Arana), Pamplona, 1998.

El grupo de trabajo del profesor Ignacio Olábarri ha ido ofreciendo en los últimos años, y a pesar de considerables dificultades de todo tipo, los resultados de una interesante línea de investigación sobre la historia intelectual vasco-navarra. Un buen ejemplo fue la tesis doctoral de José Luis Nieva, *La idea euskara de Navarra, 1864-1902*, de la que ya se dio noticia en el número 5 de *Huarte de San Juan. Geografía e Historia* (1998). En esta línea, recientemente el Gobierno de Navarra ha publicado la primera monografía de José Javier López Antón, obra literalmente magna con amplios objetivos bio-bibliográficos y políticos.

Durante los años de abstención política del carlismo en el siglo XIX, es decir, desde la segunda guerra civil hasta la reaparición del partido en 1886, un conspicuo grupo de navarros dieron vida al movimiento *euskaro*, cuya bandera quiso ser la defensa de las libertades forales por encima de los partidos existentes y en comunidad con las provincias hermanas. La lucha desde Pamplona por una identidad colectiva de los vascos se planteó en principio en una perspectiva estrictamente cultural e historicista, con el cultivo de la etnografía y de las letras. No fue un grupo científico, ni puede pretenderse ahora defender tal postura, sino una comunidad esencialmente divulgadora y proselitista, sin que esto suponga negar los méritos evidentes de algunos de sus miembros. Como es sabido, entre los fundadores estuvieron Juan Iturralde y Suit, Nicasio Landa, Florencio de Ansoleaga, Fermín Iñarra, Hermilio de Olóriz y Arturo Campión, y a ellos se unieron circunstancialmente, entre otros, Pedro de Madrazo y Julio Altadill. La posterior disolución de la Asociación, en todo caso, ha de achacarse a la excesiva amplitud de sus metas iniciales y a disensiones personales, pero su mensaje no dejó de extenderse después de 1886.

Este germen fuerista derivó en buena medida, enfrentado al carlismo oficial, hacia el nacionalismo vasco, pero su éxito no fue político. Como ha sugerido Araceli Martínez Peñuela (*Antecedentes y primeros pasos del nacionalismo vasco en Navarra: 1878-1918*, Pamplona, 1989), los *euskaros* capitalizaron y crearon mitos prepolíticos convenientes a sus metas, impregnando en buena medida incluso a sus rivales políticos, que no los discutieron con eficacia, al menos hasta el desarrollo de la historio-

grafía y la lingüística académicas en Navarra. Aunque políticamente irrelevante, la Asociación contribuyó a perfilar con su sesgo peculiar la identidad contemporánea del viejo reino.

Arturo Campi3n fue uno de los protagonistas de esta orientaci3n cultural, y no cabe discutir el inter3s del tema de esta tesis. Oriundo italiano, Campi3n, cuya lengua materna no era el vascuence, se convirti3 en el m3ximo ap3stol navarro, junto a Hermilio de Ol3riz, de la lengua y la historia comunes a los vascos. Cat3lico ferviente, dej3 a un lado el 3spero racismo sabiniano, y bas3 su concepci3n de la identidad vasca de Navarra en la lengua y en la historia, lo que explica el contenido de la mayor3a de sus trabajos y el t3tulo del libro de J.J. L3pez Ant3n. De hecho, el t3tulo original de su tesis doctoral (*Arturo Campi3n entre la historia y la literatura, 1854-1937*) se acerca m3s a su contenido efectivo que el dado a la publicaci3n. El doctor L3pez Ant3n realiz3 en todo caso un enorme esfuerzo para analizar la personalidad cultural e ideol3gica del pensador navarro en las dos vertientes principales de su obra escrita: la hist3rica y la literaria.

Por lo que hace a la lengua y literatura, 3reas en la que Campi3n, sin ser profesional, parece haber alcanzado notable competencia, hay que resaltar su tarea como literato, creador o recreador de mitos y leyendas, siempre m3s pr3ximo en esto de la fantas3a rom3ntica que de la estricta recogida de datos etnogr3ficos y antropol3gicos. Por otro lado, Campi3n cultiv3 la lingüística vasca, referida a Navarra, pero en tono menor o en todo caso con pretensiones menores. El autor trata de demostrar que en estos campos su biografiado estuvo al m3ximo nivel cient3fico y est3tico en el contexto europeo.

Pero la aportaci3n decisiva de Campi3n a la cultura navarra, la que de hecho justifica la tesis, y la que en definitiva llena la mayor parte de sus p3ginas, es su obra hist3rica. J.J. L3pez Ant3n se entretiene en desmenuzar con paciente habilidad el contenido de la extensa y prolija obra de Campi3n, para llegar, con gran alarde de erudici3n acad3mica, a una conclusi3n esencial: Arturo Campi3n deber3a ser considerado, por su metodolog3a cient3fica y por el rigor de sus conclusiones, un historiador a pleno t3tulo, y en particular un excelente conocedor de la Edad Media navarra, con aportaciones originales desde la 3poca prerromana hasta la debatida y pol3mica campaa de 1512.

En cuanto a la cuesti3n de fondo, y aunque Jon Juaristi as3 lo afirme en *El bucle melanc3lico*, el protonacionalismo vasco no "careci3 de historiadores profesionales". Los *euskaros* y otros grupos similares consiguieron influir decisivamente en el quehacer de algunos historiadores cient3ficos. Sin embargo, sucede que Campi3n no fue uno de 3stos. Erudito de m3rito y val3a indiscutibles, hombre honesto y amante de su tierra, cuya identidad quer3a ver reflejada en el pasado, Campi3n no fue historiador en el sentido estricto del t3rmino. Su amplia obra hist3rica est3 al servicio, respetable sin duda, de su proyecci3n como hombre p3blico, e ignorar este hecho no contribuye a aclarar su perfil biogr3fico.

Hay, adem3s, una importante cuesti3n de m3todo reseñable en el libro de J.J. L3pez Ant3n. Buscando una mayor penetraci3n en la obra de Campi3n, el autor se ha detenido en cotejar sus escritos y obras de contenido hist3rico con los avances

posteriores de la ciencia histórica, en definitiva del medievalismo; pero no se ha limitado, como tal vez parecería más aconsejable, a comprobar el rigor de su biografiado en el método y las conclusiones históricas, sino que recrea y actualiza los debates y polémicas que marcaron esta vertiente de Campi3n. No se discutir3a hasta qu3 punto aquellas polémicas fueron est3riles y ajenas a la ciencia hist3rica; no cabe en justicia entrar a valorar la oportunidad, acierto y honestidad de algunas de las intervenciones de Campi3n; pero est3 fuera de duda que esta l3nea de trabajo extiende innecesariamente el libro, haciendo de 3l, en parte, una cr3tica indirecta e injustificada a todo el medievalismo navarro posterior a 1937, que en todo caso si de algo no ha pecado colectivamente es de servidumbres acient3ficas.

Arturo Campi3n, el voluntarioso vasc3filo y voluntario vasc3fono, merec3a sin duda esta biograf3a. J.J. L3pez Ant3n la ha realizado muy meritoriamente y hace posible una mayor proximidad de un hombre a3n importante en el panorama cultural navarro, demostrando una ampl3sima erudici3n y muchos a3os de trabajo. Contra una opini3n todav3a com3n, Campi3n no fue en modo alguno historiador ni fil3logo, sino escritor y literato; como tal, siguiendo la l3nea de conducta que todos los *euskaros* se marcaron, fue un creador de opini3n, verdadero forjador de muchas ideas sobre el pasado y el presente de Navarra que no por cercanas al mito est3n menos presentes en la cultura com3n de los navarros. Tal vez sobre esta dimensi3n actual de Campi3n s3 quede algo por decir.

Pascual Tamburri

SANZ GIMENO, Alberto, *La mortalidad de la infancia en Madrid, cambios demogr3fico-sanitarios en los siglos XIX-XX*. Consejer3a de Sanidad y Seravicios Sociales de la Comunidad de Madrid, Madrid, 1999.

Con la impresi3n de haber terminado la lectura de un trabajo metodol3gica y conceptualmente bien hecho podemos cerrar las p3ginas del trabajo publicado por Alberto Sanz. Una buena muestra de ello es el cap3tulo dedicado al an3lisis de las fuentes y m3todos. Aunque para algunos de nosotros las fuentes manejadas sean conocidas, en el campo de la demograf3a hist3rica, hasta fechas relativamente recientes, las fuentes estad3sticas primarias (registro civil y libros parroquiales) hab3an quedado desplazadas en favor de las estad3sticas oficiales. Como resultado, no se contaba, para per3odos largos, con series estad3sticas completas y homog3neas, no se diferenciaban regiones o localidades con comportamientos demogr3ficos espec3ficos, la fiabilidad de los datos era discutida, y las desagregaciones de las variables vitales eran escasas y, en ocasiones, no muy ilustrativas.